



Tu Primo
el Tigre
García

Marcos Rojas Gutiérrez

TU PRIMO EL TIGRE GARCÍA

C O L E C C I Ó N
TEUTILA CORREA DE CÁRTER
P r e m i o s d e C u e n t o

José Manuel Piña Gutiérrez

Rector

TU PRIMO EL TIGRE GARCÍA

Marcos Rojas Gutiérrez

Premio Universitario de Cuento
“Teutila Correa de Cárter”

Feria Universitaria del Libro de Tabasco 2011

El H. Jurado estuvo integrado por los escritores:

Gerardo Rivera

Fernando Nieto Cadena

Carlos Coronel Solís



Universidad Juárez Autónoma de Tabasco

Tu primo el Tigre García / Marcos Rojas Gutiérrez. –
Villahermosa, Tabasco: Universidad Juárez Autónoma
de Tabasco, 2012

24 P. – (Colección Teutila Correa de Cáster,
Premios de Cuento)

ISBN: 978-607-606-074-2

1. Cuentos Mexicanos – (Tabasco)

L.C. PQ7297 .T3 R65 2012-08-17

Primera edición, 2012

Ilustración de portada: *No. XV* de Jorge Reyes.

® Universidad Juárez Autónoma de Tabasco
Zona de la Cultura. Colonia Magisterial
Avenida Universidad s/n C. P. 86040
Villahermosa, Centro. Tabasco.

Queda prohibida la reproducción parcial o total del con-
tenido de la presente obra sin contar previamente con la
autorización expresa y por escrito del titular en térmi-
nos de la Ley Federal de Derechos de Autor.

ISBN: 978-607-606-074-2

Impreso y hecho en Villahermosa, Tabasco, México.

TU PRIMO EL TIGRE GARCÍA

En noviembre del dos mil cuatro tuve gran gozo al enterarme que mi compadre estaba de regreso. Su vida algo mansa, entre uno y otro mamarracho más bien risible, pasaría desapercibida como la de cualquier cristiano a no ser por un hecho que le vino a cambiar la vida. Se había huido a Canadá con una buena suma entre los calzones. Según me dijo, era la única manera que se le había ocurrido para pasar más de cien mil dólares americanos por la aduana. “Hasta los chamacos iban bien fajados con billetes de a cincuenta y cien dólares entre los tanates”, alardeaba. De la mujer no mencionó detalles, como era de esperarse, se limitó a decir: “Nos hubieses visto, pinche compadre, teníamos miedo

de que se nos escurriera por las piernas, ¡ay mojo mierda!”

6 En un principio la idea era emigrar a Nueva Zelanda o Australia, no recuerdo, pero creo que por miedo a la lejanía y lo que implicaba estirar demasiado el cordón umbilical, se decidieron por el noreste de Canadá, muy satisfechos con las leyes migratorias que se ofrecían en ese entonces en aquel país, y porque en cierto modo así se sentirían más cerca de casa. La razón del exilio era simple: una maquiladora surcoreana fusionada con una chiapaneca había concedido buena parte de su presupuesto a una reconocida constructora del sureste mexicano para el levantamiento de una nueva planta textil. Hasta ahí todo bien. Lo inverosímil para los asiáticos era que la constructora desapareciera de la noche a la mañana y que las autoridades mexicanas no pudieran hacer algo para evitarlo. De todas maneras el esfuerzo hubiera sido en vano, porque el autor de aquella estafa millonaria ya estaba más

allá del río Bravo, comparando las playas turquesas del Caribe mexicano con el gris rata de las costas de la Colonia Británica. Ese hombre era el ingeniero García, mi compadre, que no sabía en lo que se había metido, aunque él, muy entero, presumía lo lindo que era vivir en un país de primer mundo, donde los mexicanos gozábamos de buen prestigio, “Porque acá compadre, llega pura gente de dinero, no como en gringolandía que se cruza la mera indiada de México”.

7

De verdad que se le oía feliz al compita cuando me echaba un telefonazo, aunque he de agregar que con el tiempo se le iban escapando unos barbarismos cada vez más engrandecidos y presuntuosos: “No compa, éste es otro mundo, acá si es decente la *pipol* y valoran tus *eskils*, no como en México que vale madres si eres bien *jart güorker*, vieras qué bonito se ve el cielo por estos rumbos, a ver cuándo nos visitas pa’ que te subas al *eskaitrein*, y de paso me traes mi itacate”. De tanto que lo decía hasta daban ganas de

8 abandonar todo. Mis responsabilidades eran grandes y con modestia puedo decir que no era necesario, aquello era una decisión difícil, un tanto incongruente para mis intereses. “Sí compadre, yo sé que te va a toda madre con tu *compani*, pero acá es otro pedo, no hay secuestros, *Ilu nou*, tu familia vive sin broncas, veme a mí, que ya me he hecho de un buen *bisnes*”, me decía por teléfono. Pero la realidad era otra, mi compadre no valía nada con sus estudios realizados en un país que los canucos consideraban inferior académicamente. Él no se dio por vencido. Algo que siempre le había caracterizado era su buena resolución para los momentos difíciles. Valiente en su optimismo, mi compadre un día compró dos camiones de carga con la idea de iniciar un negocio próspero dedicado al transporte de materiales de construcción. Él mismo podía imaginarse dirigiendo muy pronto una compañía como la que había tenido alguna vez en México. Era cosa de tiempo y paciencia, una virtud que él

muy bien conocía. Por lo tanto no debía en ningún momento actuar como un botarete recién adinerado, de eso estaba consciente. De lo contrario, los oficiales migratorios exigirían una explicación a su repentina fortuna. Pero no había contado con que en esas tierras los sueños se manifestaban de otras maneras. Las madrugadas a las cinco de la mañana con un frío que él nunca había sentido antes, le hacían recordar con anhelo la altivez y comodidad que alguna vez había gozado en su antigua constructora de México. Allá él no era lo mismo que acá en México, allá era un obrero como cualquier otro. Sus ropas eran ordinarias, adecuadas a la temporada, pero tan distintas al lujo que en México se obstinaba por lucir en todo momento. Yo mismo fui testigo de la ruindad de sus consecuencias. Habían pasado ya seis años cuando le hice una visita. Efectivamente, el cielo se veía diferente, pero no por un reflejo inconsciente desarrollado por la idea de estar en un lugar mejor, sino por simple

10

ubicación hemisférica. García era el mismo de siempre, o al menos así se mostraba, y la antigua arrogancia bien acentuada para sobrellevar el acomplexamiento espiritual causado por la culpa, había desaparecido; esta se manifestaba, quizás, solo por teléfono. Así bien, paseamos por donde teníamos que pasear y comí las novedades gastronómicas que me decían que tenía que comer, y cuando fue tiempo de volver le dije: “Compadre ya sabes: en México estamos para lo que se te ofrezca”. Y él no podía dudarle. Un año más tarde estaba de regreso con una sonrisa a medias y unos ojos esquivos como de perro. Contó que se había aburrido de ese mundito pichurreesco y de sus abusivos abogados con apellidos latinos que te vaciaban los bolsillos por cada hora de asesoramiento, y que solamente necesitaba una mano para recuperar su imperio. “Rabelo, te lo pido como hermano”, me dijo en su fiesta de bienvenida. Yo le respondí que no se preocupara, que lo tenía todo resuelto y

que mejor disfrutara de los mariachis, ya hablaríamos cuando las mujeres se fueran con los niños a dormir y nosotros nos diéramos una escapadita por algún putero.

¿Quién iba a pensar que aquello resucitaría al ingeniero García con tantas fuerzas que hasta daría miedo? Bastó con que yo le atizara el ánimo con una noche de putas para que luego él solito se abriera paso. A los ocho meses de su regreso, si no es que antes, el compadre ya era otro. No era el viejo colega que aguantaba albures para responder con otros más ingeniosos, tampoco era el compadre dedicado a su trabajo y que daba orgullo recomendar, sino todo lo contrario. El hombre era una especie de macaco de cascos ligeros dedicado a la golfería. Enaltecido por la rápida recuperación de su economía, se gastaba un comportamiento majadero y déspota que no solamente dejaba desconcertados a sus amigos. Pronto su mujer comenzó a llamarme angustiada por las madrugadas para preguntar si

sabía dónde andaba. No me quedaba de otra más que tranquilizarla con mentiras sacadas de la manga, porque en realidad todos, menos ella, estábamos enterados que no andaba perdido, sino bien hallado con una prostituta de arrabales peligrosos, y que nadie, ni siquiera los chamanes de Catemaco, podían deshacer el celo animal despertado en aquel hombre. Así como alguna vez había tenido la astucia para disolver una empresa y quedarse con los millones, ahora se deshacía del amor conyugal a braguetazos en los puteros.

Llegó un momento en que lo normal era encontrarlo bebido a todas horas y con una mirada bisoja que advertía que estaba dispuesto a saltar sobre quien le reprochara algo. Ni sus más amigos podíamos contrariarle el gustazo de ser bien macho. A él ya nada le importaba, le daba igual todo, menos el seguirse revolcando con la suripanta.

Tan fuerte era su promiscuidad

y descaradas sus maneras, que estuvo decidido desde el inicio a perderlo todo con tal que le dejaran vivir en paz su *affaire* sinvergüenza, y como prueba de ello se paseaba altanero y briago con su damisela por los restaurantes más caros de la zona hotelera, cagándose en las miradas envidiosas de los hombres y los gestos ofuscados de las señoras. “Pero el colmo compadre, es que dejes la camioneta de tu empresa estacionada afuera de los puteros, ¡ya ni la jodes hombre!, un día te va cachar tu mujer”, me atrevía a decirle sin que se mostrara perturbado, él sólo tronaba los dientes y seguía bebiendo más trago.

Como era de esperarse un día su mujer se enteró de las cochinas, pero en lugar de enfrentársele se soltó a chillar en su recámara y me llamó por teléfono para pedirme que hablara con el compadre. “Te lo pido por el amor de Dios”, me dijo con una voz que contraía el llanto en el fondo de la garganta. Yo le respondí que no se preocupara y que esa misma tarde

iría a verlo. Solo que en lugar de llegar a la hora prometida, lo hice cuando calculé que encontraría dormidos a los niños. Y no nada más los encontré a ellos, sino también al cabrón del compadre, que estaba echado en un sofá del cuarto de televisión. En cuanto me vio se incorporó con tal esfuerzo y torpeza que parecía un anciano sorprendido con los pantalones desabotonados y abiertos. “Ay jijuela, ya me espantaste”, me soltó todavía con una somnolencia confusa. Pero cuando me puse a hablarle de Dios y de las cosas que perdería si seguía de puerco, recobró la majadería y me mandó a la chingada amistosamente. “Qué te pasa compadre, no me vengas con esas pendejadas”, me dijo resuelto, luego sacó unas cheves bien frías que tenía escondidas debajo del sofá en una neverita. “Chíngale, compadre, chíngale, antes de que mi vieja se dé cuenta y nos confisque esta madre”.

De modo que no había palabras que

le hicieran entrar en razón. “Habla con él, tú eres su amigo, su hermano”, me insistía de todas maneras la comadre, que hasta la cabeza se me iba llenando de malos pensamientos. Gracias a Dios era tan fea y con un cuerpo plano y ancho como el de una lagartija parada en dos patas, que en lugar de causarme mariposas en el estómago me daba cólicos. Sin embargo, yo ya no tenía modos de persuadir al compadre y cada vez que intentaba hablar con él terminábamos agarrando el pedo.

15

Cuando su mujer finalmente le sacó a patadas de la casa, él no hizo nada para remediarlo. En el fondo ya lo estaba esperando. Pues había prometido casa y coche, una vida mejor con fines de semana en Puerto Ceiba, y quién sabe qué tantos disparates fuera de su alcance con tal de convencer a la damisela de que lo abandonara todo. Pobre de mi compadre, no se daba cuenta que la vida galante lo estaba consumiendo.

Por lo tanto, un día no le quedó nada,

16

ni las ganas de pedir prestado, porque aparte de puerco se había vuelto orgulloso, una determinación que se parece tanto a la terquedad de los estúpidos. Andaba todo zarrapastroso, con la camisa acartonada por el sudor seco y los pantalones manchados de meados. De verdad que daba pena verlo, desahuciado por la putería y acabado como un vil teporocho. Quien lo hubiera escuchado no lo hubiese creído hasta no verlo. De su vieja vida de buen cristiano había quedado el puro regocijo en la memoria de quienes lo conocimos ojo alegre pero ni tanto, y rozagante con su vanidad que ni hacía daño.

Una noche me despertó el teléfono. Era la comadre que me hablaba para decirme que al compadre lo habían metido preso. Se me frunció el pellejo de abajo y me fui en chinga a la Procu vestido con las ropas que pude. Cuando llegué me informaron que el compadre se había descarrilado del puente Samaria e ido a pique al río. Me indigné, el compadre

debería estar en el hospital no en el tambo, pero cuando el perito me explicó que no lo habían detenido por los daños causados, sino porque se le acusaba de homicidio imprudencial, se me volvió a contraer el pellejo y se me aflojaron las tripas. No entendía nada. El compadre había tenido un accidente, estaba vivo de milagro ¿por qué se le acusaba de asesinato? Soborné a un licenciaducho que estaba postrado detrás de un escritorio y me consiguió una copia de la declaración de mi compadre, la cual releí un par de veces para cerciorarme de que no había dejado pasar aquel punto donde se le acusaba, pero no encontré nada. Ay compadre, me dije a mí mismo, en qué pedo te viniste a meter, y me fui a buscar un abogado.

Cuando por fin se aceleraron las diligencias se me informó lo siguiente: a seis kilómetros río abajo del accidente, había aparecido sobre un playón el cuerpo de una mujer, inflado a reventar como el estómago de una vaca y con la lengua de

18

fuera igual que una gruesa salamandra de color morado. Era la puta de mi compadre. En seguida recibí una llamada donde se me exigía quinientos mil pesos si no quería que se manchara su nombre. Colgué indignado y le marqué a la comadre. “Si no nos mochamos lo van a sacar en el periódico”, le hice recapacitar sin darme cuenta que me estaba incluyendo. “Dios mío, todo mundo se va enterar que mi marido era un putaño”, me dijo con cierta turbación en la voz, pero yo no supe si había sido sarcástica o si lo decía en serio. “Menos mal que no se me murió en un motelucho del centro”, agregó antes de colgar.

No me quedó más remedio que quemarme el último cartucho y fui a ver al ingeniero Santana, que era primo lejano del segundo ahijado del Gobernador y con el que yo había fomentado una amistad de negocios. El primer favor ciertamente se lo había pedido para recolocar a mi compadre cuando regresó de Canadá, el segundo para cuestiones personales que revitalizarían

la economía del hogar, y ahora el tercero para abogar nuevamente por mi compadre que se la estaba pasando negras y de todos colores. Santana me concedió el deseo sin chistar, porque al fin y al cabo se entendía que era el último, y al día siguiente el compadre estaba en libertad.

Sin embargo, no se pudo evitar que la noticia se diera a conocer en uno de los tantos periodicuchos amarillistas de la entidad. En ella se hacía mención del cuerpo podrido de la puta del compadre con todo detalle satírico y mordaz, y se presentaba una fotografía donde se veía a un zopilote parado encima de la hinchazón del vientre de la occisa como si fuera una garza en el lomo de un hipopótamo del Yumká. Así me enteré que su nombre era Martina, y no Martine, como el compadre acostumbraba a nombrármela, y supuse que aquel sencillo cambio vocal en el cabo del nombre significaba la ruptura con el pasado y acaso un retoque para el estrellato.

Para ese entonces yo ya conocía los

pormenores del accidente y sabía que la difunta había ido a comer con mi compadre a La Parisina de Cárdenas, un restaurante con pochitoques y chiquiguaos refrescándose en el estanque de la entrada. Así como también sabía que todo lo redactado en la declaración de mi compadre era cierto.

20 Lo delicado del asunto es que el mañoso de mi compadre había omitido declarar que la puta había estado presente a la hora del accidente, no fuera a ser que después le echaran la muertita, como finalmente pasó, ya que sabía que la cabrona podía nadar en trago, pero no en el afluente del río Samaria.

De modo que en el periodicucho se apuntaban todos los hechos, menos uno, el nombre de mi compadre, que había sido cambiado por el mote del Tigre García, algo que yo no terminaba de entender y lo cual fui a indagarle. “Ay compadre, era para que tu comadre no me la hiciera de tos en los puteros”, me explicó sin muchas ganas de volver al asunto. “Una vez me tuvieron

que sacar del privado porque había una mujer afuera pegando de gritos. Dónde vas a creer que era la comadre que andaba de tugurio en tugurio como una llorona peregrinando mi nombre”.

Pinche compadre, gracias a que el ingeniero Santana me había hecho la valona, y a que él había resultado más mañoso que un zorro, la nota pasó sin hacer ruido y como un hecho ordinario entre las machetizas y camorras criminales que azotaban al municipio de Cárdenas. Un muertito más en el saldo rojo de los titulares amarillistas no pasaba de la curiosidad y el morbo. El compadre podía dormir tranquilo y a pierna suelta como un puerco en el lodo.

“¿Cómo le va a tu primo el Tigre?”, me preguntó tiempo después el colega Santana en una comilona del Colegio de Ingenieros. Tenía la misma sonrisita de los confidentes benévolos y la prisa de los hombres reservados para sus propios intereses, que ni siquiera esperó a que le

respondiera porque en seguida pidió una segunda charola de ostiones al tapasco. El Tigre García estaba bien, nadie conocía sus rumbos y tampoco se le había visto de nuevo por algunos de los tugurios del periférico, pero mi compadre estaba mejor, había vuelto con la comadre y a sus andanzas de mandilón, que hasta se le encontraba con su carrito de súper en las filas del supermercado y vestido a la ligera con ropa de domingo como un mongolito logrando méritos de confianza. Además, se había pasado los últimos meses probando religiones, pero como ninguna lo convenció, terminó filosofando teología en su propia casa con un séquito de papanatas que le seguían inclusive en los bailes ceremoniosos.

Lo sé porque varias veces me invitó a sus barbiqius disque canadienses, que eran en realidad tertulias religiosas con las mesas atestadas de garnachas mexicanas. “Ya ves compadrito, el matrimonio es una bendición de Dios. A ver cuándo te me

animas a casarte”, me dijo la última vez que accedí a sus invitaciones, y mientras lo decía con su brazo por encima de mi hombro, yo miré a la comadre que se aproximaba a nosotros con una fuente de pozole, y me sorprendí que los insípidos bustos de limoncito de antaño, casi inertes como pellejos de codos, ahora le rebotaran en el trote, mayúsculos y altaneros como los de una puta de closet.



DEPARTAMENTO
editorialcultural



Dr. José Manuel Piña Gutiérrez
Rector

Dra. Dora María Frías Márquez
Secretaria de Servicios Académicos

Ing. Miguel Ángel Ruiz Magdónel
Director de Difusión Cultural

Lic. Luis Alberto López Acopa
Jefe del Departamento Editorial Cultural



Esta obra se terminó de
imprimir el 20 de agosto de 2012,
con un tiraje de 1000 ejemplares, en
Morari, Formas Continuas, S.A. de C.V.,
Villahermosa, Tabasco. El cuidado de la
edición estuvo a cargo del autor y del
Departamento Editorial Cultural de la
Dirección de Difusión Cultural.



Universidad Juárez Autónoma de Tabasco

COLECCIÓN
TEUTILA CORREA DE CÁRTER
Premios de Cuento

